

J. C. Abril, *El habitante de su palabra. La poesía de José Manuel Caballero Bonald*, Madrid, Visor, 2018, 460 pp.

A estas alturas, el nombre de José Manuel Caballero Bonald ocupa un lugar indiscutible en las páginas de la literatura contemporánea. Nacido en Jerez de la Frontera en 1926, a lo largo de sus ya más de cincuenta años de trayectoria profesional, Caballero Bonald ha destacado por una versatilidad insólita dentro del panorama cultural. Como poeta, el jerezano ha publicado un total de doce libros y ha recibido numerosos premios en reconocimiento a su obra, entre los que se cuenta el Premio Cervantes en 2012: *Las adivinaciones* (1952), *Memorias de poco tiempo* (1954), *Anteo* (1956), *Las horas muertas* (1959), *Pliegos de cordel* (1963), *Descrédito del héroe* (1977), *Laberinto de Fortuna* (1984), *Diario de Argónida* (1997), *Manual de infractores* (2005), *La noche no tiene paredes* (2009), *Entreguerras o De la naturaleza de las cosas* (2012) y *Desaprendizajes* (2015). Perteneciente a la denominada segunda promoción de posguerra o generación del medio siglo, Caballero Bonald ocupa un lugar entre los miembros más destacados de dicha promoción, junto con Jaime Gil Biedma, Ángel González, José Ángel Valente o Claudio Rodríguez.

Buena cuenta de su importancia la da la extensa bibliografía que, desde su irrupción en las letras, ha venido abordando críticamente su obra. En este ámbito, destacan las investigaciones de Juan Carlos Abril, convertido en uno de los principales especialistas en la poesía de Bonald, a la que dedicó su tesis doctoral “Poesía en la escritura. J. M. Caballero Bonald, habitante de su palabra” (2008), ampliada ahora al hilo de las últimas publicaciones del autor en *El habitante de su palabra. La poesía de José Manuel Caballero Bonald* (2018, Visor).

A lo largo de sus más de cuatrocientas páginas, este volumen nos ofrece una lectura de la obra poética bonaldiana en la que la mirada de conjunto se conjuga con la interpretación individual de cada uno de los poemarios del jerezano. Desde un prisma dialógico, Juan Carlos Abril aborda la lectura de cada uno de los poemarios en relación con los anteriores y posteriores, permitiéndonos, como lectores, reconstruir la imagen completa de la trayectoria del autor al tiempo que accedemos a una propuesta interpretativa capaz de profundizar en cada uno de los eslabones que la hilvanan. Además, conforme avanzamos en la lectura, uno tiene la sensación de que la interpretación que aquí se propone parte de la “escucha” de los propios textos. Lejos de someterla al molde de un determinado marco teórico apriorístico, Juan Carlos Abril enriquece cada lectura con una multitud de conexiones literarias (Juan Ramón, Vicente Aleixandre, Machado, Rosales...) y teóricas, procedentes de diversos ámbitos del pensamiento en un sentido amplio (Kant, Hegel, Heidegger, Deleuze, Bajtín, Barthes, Durand, Freud...). Además, los sucesivos libros son leídos a la luz de su contexto,

estableciendo continuas relaciones entre estos y las líneas estéticas vigentes en el momento de su publicación.

La estructura del volumen refleja el itinerario poético de Caballero Bonald, desde *Las adivinaciones* hasta *Desaprendizajes*. Desde una perspectiva orgánica, Juan Carlos Abril propone una lectura de la trayectoria bonaldiana segmentada en “ciclos poéticos”, a modo de fases o etapas coherentes y unitarias: “Ciclo de las adivinaciones”, “Ciclo existencial”, “Ciclo del laberinto” y “Ciclo de Argónida”, a los que vendrían a sumarse los dos últimos poemarios del autor. Esta noción cataliza una lectura integral de esta obra poética sustentada tanto en los aspectos comunes que llevan a varios libros a componer un ciclo como a toda la serie de cuestiones diferenciales que nos permiten contemplar distintas etapas dentro de la trayectoria del poeta. De hecho, a lo largo de las páginas de *El habitante de su palabra*, el investigador aborda cada uno de los poemarios desde un prisma dialógico capaz de reconstruir toda la red de relaciones que enhebran el tejido poético de la obra completa de Caballero Bonald.

Tal y como plantea Abril, el primero ellos, denominado “Ciclo de las adivinaciones”, lo componen *Las adivinaciones* (1952) y *Memorias de poco tiempo* (1954), leído este último como una suerte de continuación del anterior, si bien acusa un mayor hermetismo (61, 67). Se trata de una primera etapa marcada por las reflexiones de corte metafísico en la que, sin embargo, se sientan ya las bases del paso “de las preocupaciones metafísicas hacia las preocupaciones textuales” (57) que tan determinantes resultarán a lo largo de toda la trayectoria poética del autor. Dentro de este ciclo” se incluye también *Anteo* (1956), constituido no tanto como la “cúspide de todo lo expresado anteriormente” como un ejercicio de “depuración estilística” inserto en “una exploración temática distinta” (106). A pesar de su brevedad, *Anteo* ocupa un lugar privilegiado en la historia poética del siglo XX debido al arrojo con el que Caballero Bonald, superando los grandes antecedentes en la materia, nos ofrece una “una intelectualización o poetización del flamenco” (115), con “un sesgo marcadamente filosófico-antropológico, quizás a la búsqueda de una condición humana que resuelva el conflicto último de universales como la tragedia, la incomunicación, la soledad o la muerte, etc.” (120).

Con la publicación de *Las horas muertas* (1959) se abre una nueva etapa. En este libro, el barroquismo –fundamental en la poética bonaldiana– “se manifiesta por primera vez con absoluta claridad” (146-147), al tiempo que los “rescaldos metafísicos se transforman en metapoéticos” (145). Estamos ante un ciclo poético compuesto por este libro junto con *Pliegos de cordel* (1963), y marcado por un existencialismo que, si en el primero de ellos, se muestra como una “actitud moral”, en el segundo, se decantará hacia “un compromiso explícito” en línea con la poesía social por entonces en boga (149-150):

En *Pliegos de cordel* hubo una decantación del lenguaje más específica hacia la protesta y la poesía social, pero al margen de ciertos detalles testimoniales, una misma ideología libertaria, conciencia crítica y comprometida con la realidad, y un mismo proyecto emancipador –no ya metafísico sino histórico– del hombre, se reconocen en *Las horas muertas* y en *Pliegos de cordel* (150).

Tras la incursión de Caballero Bonald en la literatura social y realista que lo vinculaba, más que nunca, a la segunda generación de posguerra (187), el autor jerezano recopila en *Vivir para contarlo* (1969) toda su obra poética hasta la fecha, lo que venía a implicar el cierre de una etapa y la apertura de otra. De hecho, al final del volumen “se adelantaban algunos poemas inéditos bajo el título provisional de ‘Nuevas situaciones’, que auguraba un cambio radical dentro de la propia obra” (217). Así, la publicación de *Descrédito del héroe* en 1977 vendrá a abrir para el investigador un ciclo, el “Ciclo del laberinto”. En estos momentos, al decir del investigador, la indagación en la palabra se entreteje con la indagación en los abismos del ser (236-238) a través de una irracionalidad dispuesta como un laberinto “verbal y de autoconocimiento” (245). En efecto, será esta noción del laberinto la que unifique este libro con el siguiente, titulado significativamente *Laberinto de Fortuna*, el más hermético de toda la trayectoria bonaldiana (15):

La indudable unidad estructural de *Descrédito del héroe* y *Laberinto de Fortuna* se matiza en la consecuencia directa del proceso de conocimiento poemático emprendido en aquel, como si tras acabar *Descrédito del héroe* el autor encontrara nuevas claves y posibilidades estéticas a desarrollar, y se lanzara al vacío, en busca de su libro más difícil. El ambos poemarios el diálogo ejerce como dovela que sostiene el entramado de este ciclo, un diálogo explícito en la primera entrega y plegado hacia sí mismo en la segunda (...).En el fondo de este laberinto se encuentra esa reflexión poliédrica inmanente acerca de la escritura, la realidad y sus formas, contagiando los temas que se despliegan a modo de matrices en los textos, y dotándolos de una enigmática lucidez (269).

Por su parte, el “Ciclo de Argónida” lo componen *Diario de Argónida* (1997), *Manual de infractores* (año) y *La noche no tiene paredes* (2009). Tras “los extremos herméticos” de *Laberinto de Fortuna* (313), Caballero Bonald evoluciona “hacia la naturalidad (que no naturalismo) alrededor de las obsesiones de siempre de nuestro autor, aunque sin duda existe un tema que predomina desde el título: Argónida, ese mundo ficticio, imaginario y aglutinador del conjunto de la obra bonaldiana” (309). Por medio de la indiferenciación entre ficción y realidad –“mapa imaginado y geográfico” (310)- en *Diario de Argónida* se acrisolarán “sus dos temas axiales, el paso del tiempo y la creación poética en sí”, aunque desde una búsqueda consciente de la sencillez y la claridad (335). En esta estela, *Manual de infractores* (2005) agudizará, siempre según Juan Carlos Abril, la crítica moral que en *Diario de Argónida* se engastaba “en el eje temático de la fugacidad del tiempo”, planteándose ahora como el “motivo –motor– principal” (349) de este “manual o guía para todas las rebeldías posibles” (352). En esta línea, *La noche no tiene paredes* (2009) nos ofrece “un lenguaje accesible en su figuración, pero capaz de proyectar agudas estructuras de la imaginación, todo ello cercano” (382). Estamos ante un “recorrido vital y literario” en el que su autor “mira hacia el pasado buscando la piedra angular de todas sus intenciones temáticas” tratando de “revivir, con la memoria, la doble vertiente que la bordea: desde la propia realidad que se vive de nuevo (...) y desde la recreación de esa realidad a través de la escritura, que se erige al fin y al cabo como ‘otra’ realidad” (385).

Llegamos, así, a las dos últimas publicaciones del autor: *Entreguerras* o *De la naturaleza de las cosas* (año) y *Desaprendizajes* (2015). El primero de ellos cambiaría “radicalmente el registro y el tono” seguido en sus últimos tres libros (397-398)

A lo largo de su trayectoria poética nuestro autor ha transitado por diferentes corrientes o estilos, desde los cantos metafísicos de la primera época, pasando por el compromiso existencial y colectivo de la segunda (...) o una poesía reflexiva que meditaba sobre el paso del tiempo, no ajena a la crítica social y la insumisión moral (...). *Entreguerras* o *De la naturaleza de las cosas* presenta una estructura versicular sin signos gramaticales de puntuación. Solo aparecen algunos paréntesis, casi siempre señalando deícticos, y signos de interrogación y exclamación. Convenientemente se comienza sin mayúsculas, como dándonos a entender que la fragmentación forma parte de un discurso más amplio en el que se inserta lo escrito, el todo (398).

Finalmente, *Desaprendizajes* entronca, de alguna manera, con *Laberinto de Fortuna*, constituyéndose como una “fusión de ciclos de escrituras” marcada por la indagación “en aquella voz hermética” desde la mirada “activa del infractor, insumiso o inconformista” (413). Planteada la realidad como una de las líneas temáticas fundamentales del poemario, el poeta se adentra “en las reflexiones autorreferenciales y en los continuos trasvases que se establecen a partir del hermetismo, la figuración y la capacidad signíca y simbólica de las palabras, deviniendo la poesía en la única realidad, con sus correspondientes límites de conocimiento, inherentes al propio concepto de realidad y de poesía” (415).

En definitiva, estamos ante una obra sumamente abarcadora, un punto de referencia ineludible para una comprensión cabal de la trayectoria poética de Caballero Bonald, que es también una trayectoria vital y una aventura.

Ana Rodríguez Callealta